

los indios, no sólo en la villa, sino en todo el distrito, haciendo misiones por las islas y pueblos comarcanos.

De este gobierno le trujeron al del Seminario de S. José de Manila, para que con su buen espíritu criase la juventud en toda virtud y santidad; pero como era tan corta esfera para el fuego de su fervor, que todo el orbe le parecía corto para convertirle á Dios; por dar pasto á sus deseos, le pasaron á la isla de Pintados y residencia de Bool, adonde trabajó algun tiempo con el fruto que en las demás, y de esta le enviaron á la de Zamboanga, que se fundaba entónces en la extendida isla de Mindanao, mucho mayor que España, poblada de inmensos infieles moros, idólatras y herejes.

Aquí extendió las velas de su fervor; aquí levantó llamas el fuego de su espíritu, avivado con el viento del Espíritu Santo, trabajando infatigablemente en la conversion de las almas, sin perdonar á desvelo ni trabajo por traerlas á Dios, convirtiendo innumerables á su fe, en seis años que estuvo en esta mision.

V

Las luchas que padeció del demonio y el valor con que las venció.

Costumbre es de nuestro Señor poner en las mayores ocasiones de pelear á sus más esforzados soldados, como lo hizo con el santo Job y con Tobías, á quien, como dijo S. Rafael, envió tantos trabajos y ocasiones de merecer, por ser acepto á su divina Majestad.

Esto mismo se verificó en este siervo suyo, á quien, como dijimos, escogió para soldado de su milicia desde los pechos de su madre, y pudiéramos sin encarecimiento decir que desde ellos mismos le escogió para padecer, corriendo parejas con su vida las guerras que tuvo con el demonio y las ocasiones de pelear y merecer.

Porque, tomando el agua desde sus principios, siendo niño, le envió Dios gravísimas enfermedades y dolores que sufrir. En abriendo los ojos á la razon, ordenó el demonio para hacer guerra á su virtud sus escuadrones de discípulos que, con capa de amistad, le procuraron atraer á los vicios; otros le persiguieron con baldones llamándole hipócrita, engañador y de fingida virtud; y llegó á tanto su osadía, que uno le dió muchos palos, incitándole Satanás por medio de los pundonores del mundo, á vengar aquel agravio de tanta deshonra en el siglo, pero el siervo de Dios venció á su enemigo con paciencia anteponiendo la honra de Dios á la suya.

Á Job envió el Señor guerras que vencer en el cuerpo, reservando siempre

el alma; pero á este nuevo Job las envió durísimas en el alma y en el cuerpo, y tan dilatadas y prolijas, que se continuaron hasta el fin de su vida.

Padeció gravísimos escrúpulos y continuas dudas de si era bueno ó malo su espíritu, andando en opiniones de los hombres con un tormento indecible, unos le aprobaban, otros le reprobaban, diciendo que estaba iluso y que iba perdido y camino de condenacion, con lo que el buen soldado de Cristo traía el corazon entre dos piedras, acosado de temores, pero siempre constante en el servicio de Dios.

Y no fué esta la mayor lid, sino la que padeció de continuas tentaciones lascivas, imprimiéndole Satanás en la imaginacion representaciones feísimas de mujeres deshonestas, provocándole á la deshonestidad con tanta viveza que, por ningunos medios las podía deshechar, velando y durmiendo, en el templo y en la celda, en la oracion y rezo, en la comida y estudio, en todas partes y ocupaciones le acometia esta infernal guerra.

Causóle un humor inaudito, inventado del demonio, que le corria por todo el cuerpo, y cuando llegaba al rostro, se le arrugaba como suele un pergamino mojado puesto al fuego; cuando á la boca, le daban bascas asquerosas; cuando al corazon, le abrasaba en fuego de lascivia con feísimas tentaciones, de las cuales, hablando el mismo Padre en sus confesiones, dice así: «Aquí es la verdadera lucha del espíritu contra la carne y de la carne contra el espíritu, esta es la mayor fatiga, confusion y tormento que el alma padece, pues en cuantas hasta hoy he experimentado, padece penas del infierno. No hay cilicios, disciplinas, ayunos, afrentas, dolores, cárceles y aún la misma muerte, que se pueda igualar con este trabajo y miseria, que siente una persona que ha recibido de Dios un deseo grande de ser puro, casto y limpio en su divino acatamiento.»

Esto siente de la guerra continua que padecia siempre, la cual procuraba vencer con rigurosa penitencia, atormentando su carne con varios instrumentos de palos, hierros, aficciones y malos tratamientos; y cuando estaba más cansado y afligido de batallar con el demonio, le acometia con otra nueva lanza de desconfianza en Dios y de infidelidad con mil tentaciones contra la fe de Cristo, inclinándole á negar lo que creía y á blasfemar de Dios y de sus Santos; pero no venciéndole; que sola su representacion le causaba horrible tormento.

Á esta misma sazón, cuando guerreaba el alma, acometia con otras armas á batallar con el cuerpo causándole dolores gravísimos de hijada y riñones, de piedra, estómago y cabeza; un humor á modo de gota, que le corria por los miembros tan abrasador como un fuego, hinchóle una pierna, que le tenia como en un potro, y junto con todo esto le dió un desconcierto de vientre

BIBLIOTECA CENTRAL

que le obligaba á levantarse por momentos y un hastío de todo manjar, que no arrostraba ni podía tomar sustento.

El santo varon acometido por tantas partes, confesó que Dios le habia cumplido sus deseos de pasar al Japon á padecer martirio por su amor con el que le habia dado entre los indios en tan recios dolores y continúa batería como padecía de alma y cuerpo; y para colmo de su corona le dió el mayor de los tormentos, que fué esconderle su rostro y negarle los consuelos espirituales con que le solia regalar y animar en sus lides, dejándole seco, árido y sin consuelo. Porque no le hallaba en la oracion como solia, ni en la Misa, ni en el rezo, ni en la confesion sacramental, ni tampoco en sus Superiores á quien descubria su conciencia, y aunque le animaban á pelear y procuraban consolarle, no sentía en su alma el alivio y el fervor que solia sentir otras veces, con que hallándose como anegado en un mar de aflicciones, dió un grande gemido de lo íntimo de su pecho, diciendo: *Señor, Señor, mirad cuánto padezco por Vos*, y luego oyó en su corazon la divina respuesta que dijo: *Mira tú cuánto padecí yo por tu amor*, con que revivió su espíritu y recobró la vida y el aliento que tenia como perdido, y acordándose de la corona de espinas que habia mirado en las manos de Cristo, se esforzó á llevarla en su cabeza y sufrir por su amor las lides que padecía.

Dióle más aliento una imágen del Niño Jesus, á quien llegando á adorarle, le pareció que extendía la mano para dársela en aquella afliccion, y juntamente oyó una voz en lo interior que le dijo: *Dádosete há potestad para pelear con los demonios*. Y no fué sola potestad, sino virtud para vencerlos y alcanzar las gloriosas victorias que alcanzó por medio de su paciencia y confianza en Dios.

VI

Refiérense otras virtudes de este siervo de Dios.

Quien hubiere considerado los favores tan raros que el P. Pedro de Espinosa recibió de la mano del Señor, conocerá por ellos sus altos merecimientos; pues tales mercedes no las acostumbra Dios hacer sino á purísimas almas adornadas de altas virtudes; y las que tuvo este santo varon fueron sin duda de muy subidos quilates, aunque él por su humildad las encubrió; pero pondremos aquí para comun edificacion lo que de ellas podemos rastrear.

Lo primero, fué notoria á todos los que le trataron su grande mortificacion con que, vencándose á sí mismo, sujetó su carne al espíritu y fué señor de sus pasiones, muerto al mundo y sólo vivo para Dios, del cual confiesa

en la relacion que por mandado de los Superiores dejó escrita, que recibió la primera y principal leccion en una vision imaginaria que tuvo, y refiere por el tenor siguiente: «Vi puesto en mis brazos un cuerpo difunto, que parecia el de Cristo nuestro Señor cuando le bajaron de la cruz, tan clara y distintamente como si le viera con los ojos corporales, aunque me parece fué sólo con los del entendimiento; halléme de improviso tan bañado de consuelo que es increíble el gozo que entónces recibí, y despues acá me parece haber sido voluntad de nuestro Señor ponerme en los brazos el dechado y ejemplar que tengo de seguir hasta la muerte.»

Este aviso confiesa que tuvo del cielo, exhortándole por modo tan superior á seguir el ejemplo de Cristo muerto, para morir al mundo y vivir á sólo Dios, como en la verdad lo ejecutó mortificando su carne y todos sus deseos y apetitos, muriendo á sus honras, codicias y deleites, sin tener otro más, que hacer su voluntad y el deseo de padecer hasta morir por su amor.

De aquí le nació el odio santo de sí mismo que tuvo toda su vida, martirizando su cuerpo con ayunos, cilicios, disciplinas, vigiliyas y penitencias rigurosas; el negarse á todos sus apetitos no se dando gusto en nada, ni en la comida, ni en el sueño, ni en los oidos, ni en la vista. De aquí le nació la ejemplar modestia con que andaba, el inviolable silencio, vendiendo tan caras sus palabras que no las decia sin precisa necesidad, el recogimiento en su aposento, ocultándose á los ojos de los hombres por presentarse á los de Dios.

De este mismo afecto, nació el desprecio de los parientes, tan ajeno de carne y sangre como si no los tuviera, la pobreza de sus alhajas y vestido, el menosprecio de las honras humanas, sufriendo grandes oprobios no sólo con paciencia sino con alegría, y procurándolos él mismo por imitar más á Cristo, en tanto grado, que muchas veces disputando y arguyendo se dejaba convencer, y teniendo qué responder, callaba, para llevar aquella confusion de ser vencido y concluido. Accion bien difícil y raras veces vista, porque fué rara la virtud de este siervo de Dios, que así supo morir al mundo y sujetar todos sus apetitos.

Acontecióle un dia hallarse presente á desenterrar un difunto, y al sacar el cuerpo medio podrido, tuvo horror de mirarle y mucho más del olor que despedía: y haciendo el oficio su carne, volvió las espaldas y se puso en huida. A los primeros pasos se corrió de su cobardía, y cobrando esfuerzo con la gracia divina, volvió al cadáver, y con igual fervor y victoria de sí mismo tiñó la mano tocándole la suya, y la llegó á la boca, con gloriosa victoria, la cual le pagó Dios tan de contado, que sintió un olor suave en el olfato y una dulzura en el gusto, más que panales de miel, y mayor que el que

Sanson halló en la boca del leon muerto. Pues no fué menor hazaña vencerse en aquella ocasion, que desquijarar leones Sanson; que así premia Dios las mortificaciones de sus siervos y las victorias que alcanzan de sí mismos. Y de allí adelante quedó tan señor de todos sus apetitos, que no tuvo dificultad en nada, gozando de grande tranquilidad y señorío de sus pasiones, sin airarse ni turbarse, ni entristecerse en las adversidades, ni envanecerse en las prosperidades que le sucedian.

¿Qué diré de las otras virtudes religiosas de este esclarecido varon? ¿de la obediencia, humildad, pobreza y castidad, en que fué un dechado de altísima perfeccion?

Por lo dicho se puede rastrear la grandeza de su valor, porque verdaderamente fueron todas de tan subidos quilates, que cada una parece la mayor; y comenzando de la castidad, ¿qué pureza hubo mayor que la de este siervo de Dios? Lo ménos que de él puede decirse, es que fué vírgen en el cuerpo y en el alma, sin amancillar jamas su pureza con un pensamiento consentido contra esta virtud, andando tantos años solo en medio de inmensas ocasiones, y en una guerra tan continúa como padeció del demonio toda su vida religioso y seglar como se ha visto; verificándose en él lo que tanto celebró S. Bernardo, que es de mayor estima esta pureza que la de los ángeles, porque la una es natural y la otra ganada á fuerza de armas en continuas batallas y con gloriosas victorias, como las tuvo este siervo de Dios.

Quiero poner aquí algunas palabras de sus confesiones para testimonio de esta verdad; dicen así: «Como anda tan atormentada mi alma por tantos años con tantas representaciones malas y torpes, ha cobrado tanto horror á cualquiera cosa deshonesta, que entiendo no hay cosa tan aborrecida de mí, como este vicio.» Tal fué su pureza, que la sombra sola de lo contrario le causaba horror, como á la casta paloma la del lascivo gavilan.

Su obediencia fué exactísima, sencilla y puntual, sin alguna interpretacion, así súbdito como Superior, á las órdenes del Provincial, estando siempre muy sobre aviso los Superiores en lo que le decian, porque lo mismo era decirlo que ejecutarlo.

Cuando padecia aquel humor ardiente que dijimos, le ordenó un Superior que entrase por una hora en una acequia de agua fria, juzgando que le podria aprovechar: al punto se lanzó en ella, y el fuego se encendió más en oposicion de su contrario, y no obstante esta experiencia, prosiguió su obediencia el dia siguiente en que se encendió más, y prosiguiera hasta morir, si no le detuviera el Superior: tal era su rendimiento y humildad, la cual ostentó más en el caso siguiente:

Ya dijimos arriba los escrúpulos que tuvo acerca de su espíritu, si iba bien

ó mal, y las varias opiniones que hubo de sus revelaciones y alto modo de oracion. Uno de los Provinciales, que le mandó dar relacion de todo por escrito, le dió por bueno y seguro, diciéndole que perseverase en él; pero movido por otros que fueron de contrario parecer, mudó de dictámen, y siendo el P. Espinosa Rector de uno de los colegios dichos, le escribió que iba iluso, y que no convenia que fuese Superior, y que, para dejarle con más decencia, renunciase el oficio voluntariamente, pidiendo por cartas que le descargasen de él.

El humilde y obediente Padre, con el desprecio que tenia de sí mismo, se persuadió á lo que le escribieron, y luego, sin más réplica, renunció el rectorado, y pidió ser enseñado de nuevo el que habia tantos años que era maestro de espíritu; tal fué su humildad, tal su obediencia y tal el rendimiento y respeto que tuvo siempre á la voz del Superior, como si la oyera de la boca de Dios.

Escribió en los últimos años de su vida un tomo cumplido de experiencias en materias de espíritu, en que da muchas reglas con excelente doctrina, para discernir el bueno del malo, y regirse con provecho en la tribulacion. Y ofreciéndosele que le podria causar alguna estimacion si le leyesen otros, quiso quemarle, pero se le ofreció que podria ser de algun servicio de Dios, con que acometido por ambas partes de pensamientos contrarios, quedó dudoso de lo que debia hacer; y despues de larga conferencia se resolvió á echar suerte, pidiendo á nuestro Señor que saliese la que más conviniese para su servicio, y salió tres veces arreo que no le quemase, sino que le manifestase para utilidad comun, y así lo hizo, declarando al principio con el mismo afecto de humildad que no hay en aquel libro cosa suya, sino todas enseñadas de Dios.

Pegó con engrudo los apuntamientos acerca de su espíritu, que escribió por mandado de los Superiores, y pidió en la hora de su muerte que los quemasen, porque no se supiesen las mercedes que recibió de Dios.

Del mismo afecto nació el temor, con que vivió siempre de que le habian de echar de la Compañía, por tenerse por indigno de ser de ella: tal era su humildad y el bajo concepto que tuvo siempre de sí.

Conforme á su humildad fué su pobreza, sin tener cosa de precio, ni aún las cosas necesarias para la vida, ni poseyó cosa alguna, sino una red que labró con sus manos, para coger alguna pesca cuando andaba con los indios, la cual echó de su aposento y la dió á los Superiores años ántes de morir, por no le parecer necesaria para él.

Todo su corazon tuvo siempre en Dios, que fué su posesion y sus riquezas, libre de toda aficion humana á cosa alguna de la tierra, adonde vivió como

BIBLIOTECA CENTRAL

peregrino y morador del cielo, adonde fué la habitacion de su alma todo el tiempo que vivió, y como Dios hallaba tan limpio y desembarazado su espíritu de las riquezas temporales, comunicábale las eternas á manos llenas, sin que le faltase nada, como lo confiesa en estas palabras que se hallaron escritas de su mano: «Es cosa maravillosa, que no queriendo nada, se me dan todas las cosas en perfectísimo grado, sin tener cosa que desear, porque se da á si mismo con una union tan estrecha, que llena el alma de inmenso gozo y alegría, y así digo á Su Majestad: ¡Oh Señor! ¿Qué se puede añadir á lo que de presente recibo?»

De esta manera le pagaba Dios el desprecio de lo temporal, y de esta manera paga á los que lo dejan por su amor, dándoles ciento por uno en esta vida y despues la eterna gloria.

VII

De otras prerrogativas y virtudes del siervo de Dios y de su santa muerte.

Otras muchas virtudes tuvo este admirable varon dignas de eterna memoria, entre las cuales se cuenta el espíritu de profecía que Dios le comunico como á tan favorecido suyo, el cual se comprobó con algunas cosas que dijo ántes que sucediesen, y se vieron á su tiempo cumplidas, como fueron algunas victorias que tuvieron los españoles en aquellas islas contra los enemigos de nuestra santa fe, animándolos á pelear contra ellos con grande confianza en Dios.

Tambien profetizó los trabajos que habian de padecer los de la Compañía en la cultura de aquella viña del Señor, previniéndolos y animándolos para ellos con el premio y la corona que Dios le habia mostrado habian de ganar con ellos.

Supo ántes que sucediese la muerte de su hermano y el modo como habia de ser, los trabajos que Dios le tenia prevenidos y la hora de su muerte, como luego diremos, y otras cosas futuras y ausentes que reveló muy en secreto á otros y se supieron despues.

A un soldado de mala vida pronosticó que moriria presto desastrado sino se enmendaba, y por despreciar su profecía, murió presto á puñaladas.

Por todo lo cual fué constante fama conforme á la santidad de su vida y á la opinion que todos tenian de él, que Dios le habia dotado del espíritu de profecía, aunque le ocultaba por su humildad.

No sólo le dió el cielo don de profecía, sino tambien de hacer milagros y cosas maravillosas con la gracia del Altísimo, de que se cuentan algunas en

el discurso de su vida, en la cual por medio de su oracion libró á muchos pasajeros de manifiestos naufragios, y las armas católicas del poder de los enemigos, de los cuales, siendo ellos más en número y en potencia, les alcanzó gloriosas victorias.

Por esto todos los generales procuraban llevarle consigo en las empresas que tomaban, teniendo por su medio segura la victoria.

Pasando en un bajel con otros cuatro de la Compañía de una isla á otra, dió en una peña y se abrió en dos partes y entró la mar anegando cuanto en él habia. Los pasajeros se salvaron en unos zarzos de cañas gruesas que los sustentaron encima del agua.

Llevaba el P. Espinosa en una cesta de mimbres los papeles de sus apuntemientos, escritos por la obediencia para dar cuenta de su espíritu, y oró á Dios por ellos, pues eran toda su riqueza, y sólo le dolia no poder cumplir puntualmente su obediencia: al acabar su oracion, vió subir la cesta de lo profundo del agua, echóle mano, y tóvola en el agua hasta llegar á tierra. Cosa maravillosa y digna de la mano poderosa de Dios, no sólo halló enteros sus papeles, sino secos y sin señal de haberlos tocado el agua, habiendo estado muchas horas en ella, y habiéndose anegado todas las demas cajas y preseas que iban en la embarcacion; por lo cual dió muchas gracias á Dios nuestro Señor, atribuyendo aquella merced á la obediencia, por quien habia tomado el trabajo de escribirlos.

En la residencia de Loboc le llamaron para sacramentar á un mozo de veinte y cuatro años que estaba á la muerte. Cuando llegó le halló sin habla y privado de los sentidos; hizo las diligencias posibles para volverle en su acuerdo, y no pudo; dióle la santa Uncion, y dolorido de no poder confesarle, se fué á la iglesia á negociar con Dios su vida y su salud. Vistióse para decir Misa, ofreció por él aquel divino sacrificio y juntamente oró al santo P. Alonso de Humanes, con quien tienen grande fe en aquella residencia, que intercediese por él delante de Dios nuestro Señor. Lo mismo hicieron los que le asistian y le lloraban por muerto, pero plugo á Dios dársele vivo, y sano, y convallecido, porque, en acabando la Misa el Padre Pedro de Espinosa, volvió el enfermo á sus sentidos y se halló tan bueno y sano, que se vistió y vino á la iglesia á dar gracias á Dios y al Padre por la salud recibida, con igual gozo y admiracion de los indios, que no cesaban de engrandecer la santidad de su siervo, por quien Dios obraba estupendas maravillas; si bien él, como humilde, siempre las atribuia á la virtud divina.

Divulgóse la fama de este milagro por las islas, y como á santo de devocion le invocaban y llamaban para la salud de los enfermos, y entre otros, para una mujer que tuvo atravesada quince dias una criatura en las entra-

ñas, sin poderla dar á luz, con manifiesto riesgo de ambas vidas de la madre y del hijo.

Fué el Padre á confesarla para morir, y habiéndola confesado y dicho los Evangelios, volvió á la iglesia compadecido de su trabajo, y con el espíritu y afecto que el negocio pedía, suplicó á Dios por su salud con tan buen efecto que, ántes de levantarse de la oracion, la alumbró Dios y trujeron al Padre las alegres nuevas de la salud de la madre é hijo, por lo que rindió las debidas gracias á la Majestad divina.

Dejo otros milagros que se cuentan, por no estar tan averiguados, y porque estos bastan para testimonio de su santidad, y en mis ojos el mayor de todos es su inculpable vida, sus altas virtudes, las victorias que alcanzó de tan prolija guerra como tuvo con el infierno desde que tuvo uso de razon hasta el último día de su vida, la cual remató tan santamente como habia vivido.

Ocupado en su apostólico ministerio en la isla de Mindanao, predicando á los españoles que estaban en aquel presidio, á moros y gentiles con grande fruto de sus almas, se llegó el año de 49 en que cumplió setenta y cuatro de edad, y Dios habia determinado de llevarle á su descanso á darle el premio y la corona merecida por tan duras peleas y tan gloriosos trabajos.

Como á amigo carísimo le reveló mucho ántes el día y hora de su muerte, para la que el siervo fiel se preparó con oracion y penitencias, recogimiento y obras santas.

Fué siempre devotísimo del Santísimo Sacramento, de quien recibió en la Misa favores y regalos inefables; y aunque siempre se preparó con mucha oracion para decirla, pero desde que tuvo este aviso, puso mayor diligencia y cuidado, y se elevaba de manera que parecia salir de sí mismo, y transportarse todo en aquel Señor Sacramentado.

De la misma manera se esmeró en el recurso á la Santísima Virgen, á quien siempre tuvo por madre, asistiendo á su altar y enterneciendo su alma con afectos de cordialísima devocion.

Luego salió á despedirse de los amigos y conocidos con la misma paz y quietud que si se partiera á otro lugar cercano, diciendo á todos que le encomendasen á Dios, porque no le verian más hasta ir al cielo.

Entró en el cuerpo de guardia, y juntando á los soldados, les hizo una fervorosa plática, como la última de su vida, encomendándoles mucho la union y conformidad, el temor santo de Dios y el buen ejemplo que debian dar á los infieles que tenian á la vista, para que estimasen la religion cristiana y no se escandalizasen con su mala vida; y últimamente remató la plática despidiéndose de todos con lágrimas.

Viniéronle acompañando con muestras de mucho sentimiento, y en el mes de setiembre se le agravaron las enfermedades que padecía de ordinario; y acercándose el día deseado de su muerte, recibió los Santos Sacramentos de la Iglesia con entrañable devocion, y poco ántes de su hora vió al demonio en figura corporal de un etíope disforme, como se cuenta de S. Martin Obispo, y comenzó á tentarle, jugando contra él la última lanza en aquel artículo, diciéndole que estaba condenado por la demasiada confianza que habia tenido de salvarse.

Lloró y clamó el siervo de Dios, y á su llanto entraron los del colegio á quien contó lo que le habia pasado con Satanás y el temor en que se hallaba. Los Padres le animaron y esforzaron con razones espirituales y santas, con que alentando su corazon venció aquella tentacion, y vió salir huyendo al demonio, y como si viera á los ángeles que le cantaban la victoria, levantó la voz y dijo: *Laudate pueri Dominum*, etc.

Tomó la imagen del Santo Crucifijo, y diciéndole mil ternezas, se abrazó con su amado, y dió su espíritu en sus manos con inefable devocion y dulzura para gozar la eterna en la bienaventuranza.

Su muerte fué llorada de los hombres en la tierra, y celebrada de los ángeles en el cielo, adonde le llevaron triunfando á recibir el premio de sus batallas.

Enterráronle con la solemnidad posible, aclamándole todos por santo, besando sus pies y sus manos, y tomando sus vestidos y pobres alhajas por reliquias, confiando en la divina bondad que habia de hacer por ellas muchos milagros como por las de otros santos.

Murió á 26 de setiembre del año dicho, teniendo setenta y uno de edad y treinta y siete de Compañía. Su vida escribió largamente el P. Andrés de Villamayor, Superior de la residencia de Antípolo, y de ella se ha copiado lo que aquí se ha referido.

P. ANDRADE.

BIBLIOTECA CENTRAL